



RAFAEL MEDINA MARTÍNEZ
Título: Sanar también es florecer
**Hospital Oncológico para la Mujer de la Ciudad
de México**

"Cuando surgió la posibilidad de realizar este mural y me dieron libertad creativa, inmediatamente pensé en ella [mujer mayor]. Sentí que ese era el lugar donde debía aparecer".



Foto: Ricardo Santos Cervantes. Hospital Oncológico para la Mujer de la Ciudad de México

Tres miradas, una trama de cuidado: arte, salud y cáncer de mama

Dr. Bernardo García-Camino, B.¹

*Facultad de Filosofía,
Universidad Autónoma de Querétaro.*

Si entendemos la bioética como un diálogo, el arte constituye una de las formas más poderosas de expresar, comunicar e interpretar las experiencias humanas, incluyendo todas las relacionadas con la salud, la enfermedad y el cuidado.

Hace algunos años, durante un curso organizado por la Red Bioética de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), se nos invitó a identificar expresiones de la bioética en distintas manifestaciones artísticas. La pintura, la música, la escultura, el teatro, el cine, la fotografía y la danza mostraron entonces su capacidad para representar experiencias como la enfermedad, la desigualdad y el final de la vida.

Como seres humanos, nacemos, crecemos y debemos reconocer nuestra propia finitud. A lo largo de ese trayecto tomamos decisiones que pueden incidir en nuestra salud; sin embargo, no todo depende de la voluntad individual. Las condiciones en las

que nacemos, vivimos, aprendemos, trabajamos y nos relacionamos, así como nuestro entorno físico, social y cultural, también condicionan nuestras posibilidades de prevenir la enfermedad, recibir atención y conservar la salud.

Hacer visibles estas circunstancias permite, por una parte, adoptar medidas de prevención frente a los riesgos que pueden modificarse y, por otra, reconocer la existencia de condiciones sociales injustas que limitan las posibilidades de algunas personas y comunidades para proteger su salud y acceder oportunamente a la atención.

Pensemos en los distintos rostros de las mujeres a lo largo de la vida, desde quienes han llegado a la vejez hasta quienes apenas comienzan la infancia. Aunque el cáncer de mama no las afecta de la misma manera ni en las mismas etapas, la salud de todas ellas se construye a través del tiempo. Los factores hereditarios deben considerarse, pero también las condiciones en las que cada mujer nace, crece y

¹ Agradezco la lectura y comentarios a Sara García R. y a la Dra. Irene Córdova J.

"Yo nunca quise pintar una obra que hablara solamente del cáncer. Quería hablar de la vida. Preferí llenar el espacio de plantas, flores, colores y rostros que miran hacia el frente. Quería que la gente sintiera esperanza antes que miedo".

"Recuerdo a una señora que conocí después de su cirugía. Tendría alrededor de cincuenta y cinco años. Su energía era impresionante. Era una persona completamente distinta, con una manera diferente de mirar la vida. Pensé que, de alguna forma, había vuelto a florecer".

vive: su alimentación, la educación que recibe, sus posibilidades de autocuidado, las tradiciones de su comunidad, el lugar donde habita y el acceso a los servicios de salud. En algunas generaciones, además, el pudor, el silencio o los tabúes relacionados con el cuerpo femenino pueden dificultar el reconocimiento de cambios, la comunicación de síntomas o la búsqueda oportuna de atención. Todas estas circunstancias inciden en la prevención, la detección, el tratamiento y la manera de vivir la enfermedad.

No todo puede cambiarse de inmediato, y aun aquello que puede transformarse requiere tiempo. La educación constituye un punto de partida porque permite reconocer, cuestionar y modificar los paradigmas culturales que influyen en nuestra manera de comprender el cuerpo, la enfermedad y el cuidado. La relación entre educación y salud es recíproca, sin educación disminuyen las posibilidades de proteger la salud y, cuando ésta falta, también se limitan las posibilidades de aprender.

En estas líneas propongo detenernos en la obra del muralista mexicano Rafael Medina, *Sanar también es florecer* ubicada en el Hospital Oncológico para la Mujer de la Ciudad de México. Desde un entorno florido, tres mujeres de distintas edades dirigen su mirada hacia nosotros.

En la profundidad de esas miradas podemos reconocer experiencia, saber y alegría, pero también un llamado al cuidado permanente, con independencia de la edad. Nos recuerdan que la salud debe procurarse a lo largo de toda la vida y no solamente cuando aparecen los síntomas de una enfermedad.

Las flores que las rodean también nos acompañan en las distintas etapas de la existencia, celebran la llegada de una nueva vida, expresan el afecto entre las personas y están presentes, finalmente, en nuestra despedida.

La representación de la piel introduce también el paso del tiempo. En el rostro de la mujer mayor, las arrugas no se ocultan ni se corrigen, hacen visibles los años vividos. La joven concentra la luminosidad del mural, mientras que la niña, aún sin esas marcas, abre la mirada hacia lo que comienza. No son tres edades aisladas, sino distintos momentos de una misma trayectoria vital.

Esta lectura es, necesariamente, una mirada situada. Como varón, no pretendo hablar en nombre de las mujeres ni atribuirles una experiencia común. El diálogo que sigue es una construcción imaginaria que busca hacer visibles algunas barreras sociales, culturales y generacionales que pueden atravesar su relación con el cuerpo, la enfermedad y el cuidado.

"Todo el mural gira alrededor de una misma idea: la esperanza. La posibilidad de volver a levantarse. De renacer después de atravesar la adversidad".

Con esta cautela, regresemos a la idea del primer párrafo y pensemos, ¿cómo esas tres mujeres podrían dialogar entre sí, con sus cuerpos, con sus experiencias de salud y enfermedad, y con el entorno social y cultural que condiciona sus vidas?

Mujer mayor. —Cuando yo era muchacha, de los cambios en el pecho no se hablaba. Una sentía algo distinto y se quedaba callada, por pena o porque pensaba que ya se le iba a pasar. Además, el doctor quedaba lejos y no siempre había dinero para ir—.

Mujer joven. —Ahora nos dicen que debemos conocer nuestro cuerpo y estar pendientes de cualquier cambio. Pero no siempre es tan fácil: a veces hay que faltar al trabajo, conseguir para el pasaje, recorrer largas distancias o dejar pendientes otras responsabilidades para poder acudir a una revisión—.

Niña. —¿Y yo también tengo que aprender a cuidarme?—

Mujer joven. —Sí, desde ahora. No para que tengas miedo, sino para que conozcas tu cuerpo y sepas que puedes preguntar cuando algo te preocupe—.

Mujer mayor. —A muchas de nosotras nos enseñaron a aguantar y a no decir nada. Ustedes tienen que aprender a hablar, a preguntar y a no dejar pasar lo que sienten—.

Niña. —¿Y con eso ya no me voy a enfermar?—

Mujer joven. —No siempre podemos evitar una enfermedad, pero conocer nuestro cuerpo y buscar ayuda a tiempo puede hacer una gran diferencia—.

Mujer mayor. —Y tampoco depende nomás de una. Hace falta que haya clínicas cerca, gente que nos explique bien y médicos que nos escuchen sin hacernos sentir vergüenza—.

La conversación imaginada deja ver una de las formas en que la bioética se ocupa de estas cuestiones, la ética del cuidado, que tiene en los trabajos de Carol Gilligan uno de sus antecedentes contemporáneos más influyentes. Su atención no se dirige únicamente a la aplicación de reglas generales, sino a las personas concretas, sus necesidades, sus relaciones y las circunstancias en las que viven. Cuidar supone escuchar, acompañar y responder con responsabilidad, reconociendo que nadie conserva su salud completamente solo.

El mural *Sanar también es florecer*, de Rafael Medina, puede leerse, entonces, como algo más que una intervención destinada a embellecer el espacio hospitalario. Los tres rostros hacen visible que la salud de las mujeres se construye a lo largo de la vida y que cada generación recibe, transforma y transmite distintas maneras de comprender el cuerpo y el cuidado. La prevención y la detección oportuna del cáncer de mama requieren que las mujeres tengan acceso a información comprensible, sean capaces de reconocer cambios en su cuerpo y tengan acceso a los servicios de salud cuando lo necesiten. Del mismo modo, es necesario que las familias escuchen, las comunidades contribuyan a romper silencios y que los servicios de salud sean accesibles, y atiendan respetuosamente las diferencias socioculturales. Tal vez por eso las tres figuras no sólo dirigen su mirada hacia nosotros. También nos preguntan: ¿qué estamos haciendo, como personas y como sociedad, para que ninguna mujer tenga que enfrentar sola la enfermedad ni encuentre demasiado tarde el cuidado que necesita?

"A lo largo de mi vida, he pasado por situaciones en las que uno tiene que tocar fondo. Para mí, esa es precisamente la parte de sanar: atravesar momentos difíciles y después volver a florecer como una versión distinta de uno mismo".

